

VINCENT MASTON

Tú, yo y la vida
de los otros

Traducción de Elena del Amo



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

Título original: *Germain dans le métro*

© 2014, Éditions Jean-Claude Lattès

© de la traducción, 2015 por Elena del Amo Iglesias

© de esta edición, 2016 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3^º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoecciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 30139-2015

ISBN: 978-84-15945-60-4

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Michèle
A Ian
A Raphaël

*We, we're not kings here,
We're not kings here,
We're just strangers.*

Vireo's Eye, Future Islands

Nosotros

Entramos en el metro y salimos del metro. Cuando suena el pitido, algunos de nosotros se quedan clavados en su sitio como conejos sorprendidos por los faros de un coche. Otros echan a correr a toda velocidad para saltar al tren antes de que las puertas se cierren. Sentimos el olor a orina que impregna algunas estaciones, el sudor en los trenes no climatizados, pero ningún provinciano se atreve a criticar el metro delante de nosotros. Apesta, es feo, en él todo el mundo va apretujado, comprimido. Pero es nuestro metro y lo defenderemos hasta la muerte.

Vemos a Bernard que tropieza justo delante de Claire. Vemos a François reunirse con nosotros para ir a su trabajo.

Corinne, embarazada, espera en vano que alguien se levante para dejarle un asiento. Fingimos estar demasiado absortos en nuestras lecturas para verla.

Vamos de pie, agarrados a la barra, y estamos sentados en los asientos plegables.

Validamos los billetes y acercamos las tarjetas al lector. Saltamos los torniquetes y entramos por las puertas de salida.

Émilie se reúne con nosotros en Colonel-Fabien y luego nos deja en Pigalle. Maxime entra en Odéon. Bernard ha terminado de quitar el polvo a sus pantalones y nos abandona en Saint-Lazare, sin dirigirnos una sola mirada. Sarah duda ante la entrada de la estación Cour-Saint-Émilion, pero da media vuelta.

Aude y Stéphane discuten y luego se separan en el andén de Saint-Sulpice, y se van cada uno por su lado. Aude llora. Stéphane saca el teléfono móvil del bolsillo y envía un mensaje diciendo: «La he dejado. Todo ha salido bien, allá voy. Te quiero».

Esperamos el próximo metro tratando de verlo llegar por el túnel o mirando la cuenta atrás en el panel que está encima de nuestras cabezas.

Salimos del metro y volvemos a entrar en él.

I. SOCIAL SKILLS

1.

–¿Con patatas fritas o con ensalada?

La pobre chica de la barra está empezando a provocarme una depresión nerviosa. Ahí está, así, de golpe y porrazo, antes incluso de haberme cobrado la hamburguesa. A medias entre una risa histérica que esboza para reprimir todas las penas del mundo y la angustia de ver cómo la cola se alarga detrás de mí, se pone a temblar ligeramente. Le habría gustado endosarme las patatas fritas sin hacerme la pregunta, para que yo pueda irme lejos, lo más lejos posible. A América del Sur, por ejemplo. Pero el reglamento está claro, tiene que preguntarme si prefiero ensalada en lugar de patatas fritas.

Hay que volver a empezar, lo siento señorita, ha sido usted la que ha hecho la pregunta.

–Pa... ta... tas fri... fri...

–Patatas fritas, muy bien. Son ocho euros cuarenta.

Me alegra que me quite la palabra. La gente suele esperar a que consiga terminar la frase yo solo, como si interrumpirme fuera a hacerme tomar conciencia de mi tartamudeo. No sé si lo sabéis, muchachos, pero ya estoy al corriente. En los treinta años que llevo intentando hablar, he tenido tiempo de darme cuenta de que las palabras no me salían normalmente de la boca. Entonces, a los que me interrumpen, a los que acaban las frases en mi lugar, les doy las gracias. Todos ganamos tiempo, vosotros y yo.

Me voy con mi bolsa de papel llena de grasientas calorías y me dirijo a la sala de descanso.

*

Sentado ante la mesa de formica blanca, probablemente la empleada más antigua del edificio, como deprisa, antes de que mis compañeros vengan a su vez a comer. Siempre como pronto y así no me cruzo con ellos y ellos no se cruzan conmigo, y todo el mundo está contento. Saco mi lector MP3 del bolsillo y conecto los auriculares. Son muy raros los instantes de mi jornada en que puedo escuchar la música que me gusta y no las eternas y aburridas canciones que difunden los altavoces de la tienda. Soy un apasionado de la música y casi tan experto como en electrónica, pero me veo condenado a sufrir los gustos insoportables de mi jefe Renaud.

En conjunto, mis compañeros me ponen nervioso. ¿Cómo se puede uno convertir en vendedor en una tienda especializada en alta tecnología sin saber de ella absolutamente nada? Entre el que trata de aconsejar un ordenador de gama alta a una abuelita que jamás llegará a sacarlo de la caja y el que solo ve la fotografía como una carrera desenfrenada por el número de megapíxeles, francamente es el cuento de nunca acabar. Pero bueno, si yo tuviera que dar un consejo a un cliente, probablemente aún no habría terminado mi primera frase cuando los vigilantes de seguridad nos pondrían de patitas en la calle para cerrar la tienda.

Ay, no como lo bastante deprisa y me veo obligado a sufrir la llegada de Christo. Christo es de esa raza de vendedores absolutamente incompetentes que siempre tratan de recuperar como quien no quiere la cosa a los clientes ya aconsejados por sus compañeros, solo para conseguir el ridículo porcentaje de

las ventas que corresponde a los empleados más eficaces. Sin embargo, eso tendría un pase de no ser porque se considerara el tío más espiritual de la tierra. Es él quien, desde su llegada hace casi un año, insistió en hacerse llamar Christo, en homenaje al tipo que se dedica a envolver puentes con viejas telas de un rosa feo. Lleva el chaleco cubierto de chapas con mensajes tan originales como «Save the trees» o también «No a la guerra». Un auténtico rebelde. También quiero decir que cuando entra en la sala de descanso, pongo el turbo para terminar mi bolsa de patatas fritas y largarme antes de que este gilipollas tenga tiempo de tocarme las pelotas con sus citas de filósofos sacadas de Internet y sus bromas indecentes sobre la chica nueva de contabilidad.

Apenas tengo tiempo de lavarme las manos y vuelvo a ponerme el chaleco de colores de la tienda, regreso a mi caja y me pongo a trabajar. Delante de mí, el cartelito que me evita tener que dirigir la palabra a los clientes: «Buenos días, me llamo Germain y soy mudo, gracias por su comprensión».

*

Provocar la compasión antes que la ira fue una idea de Renaud. Más bien una buena idea, la verdad. Hay que decir que mi primera semana fue francamente calamitosa.

Con absoluta sinceridad, seguramente Renaud habría hecho mejor echándome. Con o sin palabras soy todo menos un buen cajero y las quejas sobre mí afluyen con la regularidad de un metrónomo. Pero sin que yo sepa muy bien por qué, me aprecia. E incluso progresivamente nos hemos hecho amigos y voy regularmente a su casa. A veces hasta me invita sin que su novia, Marion, aproveche la ocasión para intentar emparejarme con una u otra de sus amigas. En dos estilos diametral-

mente opuestos, somos tan inadaptados el uno como el otro. He llegado a pensar que si no nos hubiéramos conocido nunca, ninguno de nosotros tendría un verdadero amigo.

Desde la idea genial que tuvo Renaud, me paso el día escaneando los artículos y luego indicando el precio que aparece en la pequeña pantalla de la caja sin tener jamás que pronunciar una sola palabra. Además doy la impresión de que la firma se preocupa por integrar a trabajadores discapacitados, lo cual es una pequeña bonificación gratuita.

Mientras señalo con el dedo el teclado del terminal de tarjetas de crédito a una ancianita que a duras penas puede contener las lágrimas de lo emocionada que está por mi valor, sueño despierto con esta noche, la salida del trabajo, el trayecto a mi apartamento. Pero no, si empiezo ahora no pasaré jamás de la tarde. Vuelvo a concentrarme en el trabajo y, cliente tras cliente, cobro tras cobro, consigo llegar a las seis de la tarde sin haberle gritado a nadie. Es mi hazaña personal cotidiana, medalla de oro de resistencia al aburrimiento.

Antes de irme, paso por el vestuario, donde Renaud me espera y me tiende una emboscada:

—¡Hola, Germain, buenas tardes! En realidad, ¿sabes?, el sábado vamos a organizar una fiesta, ¿te apetece venir?

—¿P... p... por qué... n... no, sí, quién asis... asisti... rá?

—Oh, ya sabes, como siempre, Marion y yo, quizá Alex, y quizá también Violaine, es posible...

Le echo una mirada feroz y me voy sin decir una palabra. Debería enfadarme con él por pensar que puede liarme tan fácilmente, pero estoy demasiado nervioso y con demasiadas ganas de salir. Ya tendré tiempo mañana para ofenderme por la mortificante transparencia de la trampa de Marion.

Tan grande es la necesidad de pelearme que se me ha acumulado desde esta mañana, que casi tiemblo. Corro hacia la

estación de metro y me precipito a su interior. Aquí encuentro ese olor único, mezcla de sudor, orina y detergentes. Ese olor tan particular que todo parisino reconoce entre mil. No me molesta, incluso lo echaría de menos si desapareciera. Forma parte del metro, de mi metro. Valido mi título de transporte en el torniquete y llego por fin al andén. Está abarrotado. Podría echarme a llorar de alegría.

*

A veces imagino qué sería mi vida sin el metro. Un infierno en la tierra, donde yo no podría sino mirar cómo el mundo vive a mi alrededor, sin lograr participar jamás. Estos viajes son probablemente lo único que me impide saltar al Sena cuando la voz me sale tan entrecortada que ni mi propia hermana consigue entenderme.

Aquí y solamente aquí estoy en mi sitio y vosotros sois los intrusos. Os veo, os miro, y sé quiénes sois. No conozco vuestros nombres, vuestras profesiones ni vuestras edades, pero identifico inmediatamente a aquellos de vosotros a los que detesto. Esa vieja que está delante de mí, esa que sujeta con fuerza el bolso de Chanel, que observa con gesto temeroso a todos los pasajeros, demasiado morenos para su gusto. Ese joven cretino, con los cascos más grandes que la cabeza, que obliga a todo el vagón a disfrutar del último horror de Tryo. Ese treintañero trajeado, el de la cartera con las siglas del nombre de un banco, que vuelve a su casa después de haber vendido alguna inversión tóxica a una jubilada que perderá con ella los ahorros de toda una vida.

Yo me veo, a mí también, solo en mi asiento verde manzana, y sé que verdaderamente no valgo más que vosotros. Pero menos tampoco, y vosotros no necesitáis escribir el nombre de la película en un trozo de papel para comprar una entrada

de cine. Yo intento sencillamente, en mi pequeña parcela, restablecer una apariencia de justicia.

Entonces castigo, piso a una, empujo a otra, a todos estos pasajeros inconscientes de su suerte y que molestan a los que solo querrían volver del trabajo tranquilamente. Si alguien me llama la atención, hago como que no me he dado cuenta, como quien no tiene costumbre de coger el metro. Es todo un arte, refinado a lo largo de los años, la única válvula que me permite expulsar esta rabia de la que no consigo deshacerme de otra manera.

Al llegar a mi casa, enciendo la tele, pongo los informativos y me siento en el sofá, vacío y sereno. Raras veces tardo más de diez minutos en quedarme dormido. Todas las noches aplazo mi aprendizaje sobre el estado del mundo para el día siguiente.

2.

Estoy ya en la ducha cuando oigo el timbre del despertador. Soy bastante madrugador en general, pero los jueves es casi patológico. Elijo la ropa a la vez que veo la tele con mirada distraída. Viendo a la periodista que dedica por lo menos un cuarto de hora al aniversario de no sé qué está claro que no ha debido de pasar nada muy importante. Incluso parece molesta de insistir tanto sobre ese tema, pero su tiempo en antena no se llenará solo. Como titular de un empleo igualmente inútil, no puedo sino compadecerla.

Antes de que prosigáis, hay algo que debéis saber sobre mí: solo sé vestirme para ir a un concierto. Para cualquier otra situación, soy negado. Y sin embargo, no soy daltónico. Ay. Eso me proporcionaría una excusa para los delitos contra el buen gusto que cometo todas las mañanas.

Normalmente me da un poco igual. Incluso un mucho. Pero los jueves tengo una cita con Clotilde y ese día intento sinceramente ir elegante. Entonces el fracaso es más flagrante. Pero qué se le va a hacer, demasiado tarde, tengo que irme. Y además, de todas formas Clotilde conoce mi estilo para la ropa y si se tuviera que ofender por eso, ya me habría dado cuenta hace tiempo.

Ahora hace dos años que veo a Clotilde todos los jueves. Por supuesto, al principio no la llamaba Clotilde, sino «doctora Kermarrec». Pero bueno, después de tantas sesiones, ella

acabó por conseguir poco a poco que me entrara en la cabeza que una logopeda no es un médico y, que si ella me llamaba por mi nombre, era normal que yo hiciera lo mismo. Dicho y hecho, ahora somos Clotilde y Germain.

Después me informé y ella no tenía por qué establecer tanta familiaridad entre nosotros. Me gusta que haya transgredido esa regla de su oficio. Y si pienso en ello, hay muchas cosas de Clotilde que me gustan.

*

El trayecto hacia la consulta de Clotilde tiene de particular que en ningún momento necesito encontrarme con pasajeros que castigar. La mañana de los jueves hasta las peores basuras pueden estar tranquilas. Estoy demasiado ocupado murmurando para mis adentros los ejercicios repetidos durante toda la semana. Por una sola vez me gustaría poder mostrar verdaderos progresos a Clotilde, hacerle ver que ella me aporta algo. Pero no, siempre es lo mismo, las sílabas se enmarañan y salen más entrecortadas que de costumbre.

A veces llego a la consulta empapado en sudor de lo crispado que estoy, con los músculos tensos al máximo, pero cuando estoy con ella consigo mostrarme desenvuelto y hasta me río de mi discapacidad. Por nada del mundo le habría dejado ver hasta qué punto estoy furioso conmigo mismo. Sé utilizar bastante bien cualquier aparato electrónico, pero con el medio de comunicación más universal no tengo nada que hacer.

Siempre llego con antelación y me veo obligado a pasear arriba y abajo por el barrio. ¿Cómo es posible que la Place de la Nation pueda ser tan detestable? No es nada más que una gran intersección pensada para coches y no para los peatones, un verdadero insulto a París. Es una muestra de hasta qué punto es importante para mí la sesión semanal, en vista de que todos

los jueves estoy aquí. Como todas las semanas, acabo sentándome en Chez Mario, un viejo café que pretende ser auténtico, en el que el dueño italiano imita mal lo que cree ser el típico acento parisino, directamente salido de una reproducción demasiado repetida de la comedia *Tontons flingueurs*. Pero al menos aquí no tengo que soportar las canciones *lounge* berreadas por los bafles de los cafés de moda de al lado. Otra gran ventaja es que el dueño ha acabado por conocerme, y me sirve mi café sin que tenga que pedirlo en voz alta. Un buen ahorro de tiempo.

Miro a los transeúntes ir al trabajo, ir a hacer compras, ir a donde van los transeúntes, e intento calmarme. Controlar la respiración. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar. No hay nada que hacer. Sin ni siquiera pronunciarlas, siento cómo las palabras se me embrollan en la cabeza, se mezclan unas con otras. Las siento empujarse, intentar salir de mi boca todas al mismo tiempo, como los pasajeros en el metro. Y ellas no tienen a nadie que les dé una bofetada, que les enseñe a calmarse y a cederse el paso unas a otras. Lo único que quieren es salir, huir de mi garganta, sin preocuparse de una apariencia de orden.

Pero ¿de qué serviría lamentarme de mi suerte? Reacciono y me dirijo a la consulta con paso decidido. Son las nueve.

*

En cuanto me siento en la sala de espera llega Clotilde, por una vez a la hora. Con toda sinceridad, tiene muchísimas cualidades, ¿pero la puntualidad? No, desde luego. Normalmente estoy en la butaca de cuero de la consulta médica esperando más de una hora, mientras los pacientes de los demás facultativos son atendidos unos después de otros y me miran con gesto molesto. En cambio, cuando Clotilde entra en la sala, les llega el turno de tener envidia a los que aún quedan. Como hoy, que

veo a los pacientes del fisioterapeuta lamentar haberse destrozado el cuello del fémur en lugar de la laringe.

En mi primera sesión, después de que Renaud me hubiera animado durante meses para que fuera a la consulta, estaba a punto de irme, tanta era mi furia por haber esperado durante media hora. Pero ella abrió la puerta, roja y sofocada tras haber corrido como una desesperada por la escalera. Y de repente yo no estaba en absoluto enfadado por haber venido.

Una cosa útil que hay que saber sobre los logopedas: a diferencia de los médicos, sus estudios solo duran cinco años. Por eso uno puede, sin esperarlo, encontrarse delante de una chica de veinticinco años que no puede recuperar el aliento. Si uno no es especialmente astuto, también puede creer que es otra paciente. Sobre todo cuando la recién llegada se muestra incapaz de pronunciar una palabra por lo entrecortada que es su respiración. Y mientras uno le trae un vaso de agua de la fuente, es totalmente factible que, para hacerse el interesante, le tartamudee como pueda que no tenía que darse tanta prisa, porque la doctora Kermarrec siempre llega tarde. Incluso uno puede llegar a añadir, riendo, que es más bien la doctora Kermarrec la que debe tener una buena excusa cuando llegue. Y cuando la única respuesta de la chica es: «Siento mucho llegar tan tarde, pero no tengo ninguna excusa. De todas formas, no soy médico y puede usted llamarme Clotilde», es absolutamente posible que uno sienta un repentino deseo de tirarse por la ventana más próxima.

Tan molestos los dos por esta entrada en materia, pasamos una buena parte de aquella primera consulta deshaciéndonos en excusas. Para ser más exactos, ella se deshizo en excusas, mientras yo tartamudeaba sin parar. No avanzamos mucho.

*

La sesión de hoy parece confundirse con las demás. Como todas las semanas, me hace preguntas generales. ¿Cómo he pasado la semana, qué he hecho, a quién he visto? Rápidamente he comprendido que estas preguntas son sobre todo para ella un medio de calibrar mis progresos sin tener que preguntarme directamente cómo han ido mis ejercicios. Y, como todas las semanas, siento la decepción en su mirada.

Francamente no estoy seguro de que sea aconsejable que un práctico facultativo se permita entristecerse por la falta de resultados en un paciente. He visto bastantes series de hospitales como para saber que si el enfermo no es un niño, los médicos deben permanecer un poco insensibles, e incluso distantes. Eso Clotilde no lo sabe hacer. Y cuanto más me conmueve que realmente quiera ayudarme, tanto más pesada es la presión que eso ejerce en mis cuerdas vocales. Creo que podría mejorar un poco más con otro logopeda. Sin embargo, no tengo ningunas ganas de ir a ver a otro logopeda.

Una vez superado el pequeño interrogatorio, recuperamos los ejercicios de respiración ahí donde los dejamos la semana pasada, pero enseguida me interrumpe.

–¿Qué ocurre? –me pregunta–. Esta mañana está usted en otra parte.

–N... na... nada... especial –miento.

–Está mintiendo, Germain, respira de cualquier manera.

Evidentemente, me ocurre algo. Ella siempre ha sabido leer en mí como en un libro abierto. O quizá es que soy del todo transparente y ella es la única que se toma la molestia de examinarme realmente. Sé perfectamente que es inútil mentirle.

–Es... es que... voy... a buscar a mi p... p... padre... ma... mañana por la no... noche, a la estación.

–Ya veo. ¿Y eso le estresa?

–N... no, por su... supuesto que no. So... solo... estoy un p...

poco cansado... he tenido que... que arre... arreglar... mi... ca... mi casa.

Sí, por supuesto que sí. Estoy angustiado desde que recibí la llamada de mi padre ayer por la noche preguntándome si podía venir a verme este fin de semana. Hubiera querido negarme pero es imposible decir que no a mi padre sin quedarme paralizado por los remordimientos y no llamarle a los cinco minutos. Es su pequeño poder especial. Terriblemente eficaz.

Clotilde sabe que me cuesta hablar de él, no insiste y recuperamos el curso de los ejercicios. Al cabo de una hora de trabajo, salgo de su consulta hecho polvo, completamente agotado. El trabajo que hacemos durante las sesiones no es muy complicado. En realidad, se trata siempre de los mismos ejercicios, aunque no desespero de que un día Clotilde encuentre ejercicios nuevos en alguno de sus libros de logopeda. Pero estar una hora entera cerca de ella es extenuante. Paso el tiempo pensando cómo podría orientar la conversación en mi beneficio o preguntándome si no tendrá ella también algún sentimiento por mí. A veces creo sorprender en su mirada un poco más que un simple interés profesional, pero bueno, a veces pienso demasiado.

Y sé que aunque llegara el caso, tenemos una relación médica, e imagino que ella habrá prestado un juramento u otro que le impide tener una historia con uno de sus pacientes. La versión logopédica del juramento de Hipócrates.

Estoy, pues, condenado a no permanecer con ella más que una hora los jueves por la mañana, y a pasar el resto de la semana diciéndome que la próxima vez quizá encuentre el valor de confesarle mis sentimientos. Imagino también frecuentemente haber hecho tantos progresos que ya no la necesite como terapeuta. Os lo prometo, si eso ocurre algún día, la invitaré a tomar una copa. Cuento con vosotros para recordármelo si no tengo valor cuando llegue el momento.